

César Herrera

# Agustina

y la obsidiana de los muertos



# I

## *Don Julián Santana*

Es verde opalescente de aguas mansas junto a los enormes árboles de sauce, alcanfores y eucaliptos se mecían con el viento y las flores a las orillas de las chinampas, begonias, azucenas, lirios, alcatraces, crisantemos, que adornaban todas las orillas de las islas. Todo eso te entretuvo demasiado, era tu lugar favorito, sonreíste al sentir la brisa fresca y el zacate en la planta de tus pies, recordaste que no por nada se llamaba Xochimilco, *lugar donde se cultivan las flores*, porque Xochipilli príncipe de las flores y Xochiquétzal, flor de pluma rica, ambos dioses fueron adorados por la población que se dedicaba al cultivo de flores y plantas; quienes eran los encargados de adornar los jardines colgantes y acuáticos del gran Imperio Mexica, por eso los dioses dotaron de sus mejores flores a este lugar.

Te arrodillaste cerca de la orilla tratando de arrancar un hermoso lirio acuático, su flor blanca con matices rosados te cautivó, extendiste tu brazo admirando la flor, cuando estabas por arrancarla viste en el reflejo del agua un rostro cadavérico de ojos espeluznantes, gritaste. Tu cuerpo cayó vencido por la gravedad. Tus ojos se abrieron dentro del agua y pudiste ver grandes larvas y lirios gigantes de colores fosforescentes que se te enredaron por el cuerpo y fueron sumergiéndote más, trataste de moverte de un lado a otro, pero fue inútil, tu cuerpo estaba aprisionado por un lirio acuático inmenso que te atrapó como si fuese un pulpo con sus tentáculos.

No habías visto en qué momento un hombre se lanzó tras de ti al agua, observaste su mirada de espanto al verte sumergir sin remedio, alguna corriente invisible no le permitía llegar hasta ti, se quedó con sus brazos extendidos. No deseaste moverte entonces, sólo abandonarte a esa pesadez que te recorrió el cuerpo. Cerraste los ojos.

Cuando los abriste don Julián estaba con tu cuerpo a cuestas, afanado y lloroso.

—*¡Chamaca!, ¿cómo pasó esto?* —refunfuñaba en llanto.

Tomó tu cuerpo sin vida y lo depositó en el zacate cerca de la orilla. Lloró en silencio un buen rato, luego volvió a tomarte entre sus brazos y se subió a una trajinera, perdiéndose por el canal navegando en silencio con tu cuerpo. Lo miraste alejarse, el agua ya no parecía mojarte y la liviandad de tu cuerpo te permitió moverte fácilmente, intentaste ir tras él, pero una fuerza extraña no te dejó salir de la isla. Regresaste a la orilla y te sentaste, no entendías qué era lo que estaba sucediendo, ni siquiera podías llorar. Anocheció y viste llegar de nuevo al hombre en su chalupa, cabizbajo. En los últimos fulgores del atardecer miró hacia el agua y se encontró con una muñeca de trapo, era la tuya, la miraste con nostalgia, el hombre tomó una rama larga y la sacó del agua, la exprimió con cuidado y se la llevó hacia el interior de la vivienda.

Te quedaste afuera en el silencio de la noche. Tu mirada recorrió toda la isla, los colores que ahora veías se mostraban distintos, pequeños puntos de luz bajaban del cielo, como si fuesen hadas o pequeñas criaturas. Los árboles iban del verde oscuro hasta casi hacerse fosforescentes, las hojas se movían de un lado a otro en una sintonía perfecta. El agua de las ciénagas estaba en completo reposo, por momentos se tornaban transparentes, pequeñas criaturas saltaban de un lado a otro. La Luna inmensa en el cielo desprendía luminiscencias azules, las estrellas se movían de un lado a otro, el cielo era un constante movimiento de constelaciones, luces

y estrellas fugaces, o al menos eso te parecieron. Estabas mirando todo eso embelesada, cuando de pronto escuchaste un estruendo que vino de los canales. Sentiste como si hubiese temblado la tierra, las aguas crecieron y se tornaron oscuras, negras, como si se hubiesen convertido en un abismo. De uno de los canales se formó un remolino en espiral que se suspendió en el aire, la figura de una sirena hizo salpicar el agua, era color jade, sus ojos color amarillento te miraron detenidamente. Tenía la boca de pez, los ojos grandes y sus escamas plateadas.

–Agustina, aquí te estamos esperando –dijo. Varias criaturas parecidas a ella emergieron del agua, se posaron a su lado. Observaste sus rostros casi humanos, sus facciones de pez y niñas.

–Ya no perteneces a ese mundo –te recordó. –Ven con nosotras.

Estabas por moverte hacia la orilla y en eso escuchaste que alguien cantaba una canción, una voz hermosa y suave se escabullía entre las brisas del viento, era en náhuatl, *nopiltze*, *nocozque*, *noquetzale*. En ese momento tu alma se sintió reconfortada, te detuviste. La sirena al escuchar aquel canto hizo un sonido grotesco que te estremeció, luego se hundió perdiéndose junto a las otras criaturas. Siguió escuchándose aquella melodía, te acercaste a la orilla y viste la figura de una mujer a lo lejos flotando en las aguas, parecía llevar una especie de túnica blanca y larga. Desde ella provenía aquel canto, *hijo mío, mi collar, mi pluma preciosa*. Te sentaste en la orilla sintiendo nuevamente la tranquilidad del ambiente, volviste a ver que del cielo bajaban diminutas criaturas luminiscentes. Escuchaste un aleteo ruidoso que bajó de uno de los árboles, viste a una extraña criatura, una especie de lagartija color jade, con unas alas hermosas de color azul, en la cola le salían diferentes plumas coloridas como un pavo real, voló hasta donde estabas y se posó a un lado de ti, sus grandes ojos verdes te miraron como si te conocieran.

–¿Qué eres tú? –preguntaste asombrada.

–Un alebrije –respondió.

–No sabía que existían criaturas como tú, bueno solo en dibujos y piñatas.

–Existimos y muchos, pero casi no visitamos este lado, he venido a ayudarte.

–No necesito ayuda, yo me quedaré aquí.

–Este no es tu lugar.

En ese instante la sombra de la mujer pasó en una chalupa, te pareció que era la misma que cantaba, una especie de tul envolvía su cabeza, no se distinguía su rostro. El alebrije se removió en su lugar y nuevamente sus alas empezaron a moverse.

–Vamos adentro –ordenó. Te levantaste rápidamente.

–Pero era la mujer que estaba cantando, quería escucharla...

–No, ya no es una mujer y su canto es maligno.

Entraron a una pequeña choza, una diminuta cocina, un fogón ardía, el alebrije cerró la puerta.

–Por ahora es mejor que no escuches ni veas nada –te dijo.

–¿Y ahora qué haré? –preguntaste.

–No te preocupes yo estaré contigo hasta que cruces el gran lago.

–No quiero irme a ningún lado, quiero quedarme aquí, quiero ver a mis padres.

–En las noches no puedes moverte de aquí, cuando amanezca iremos.

Te acurrucaste en uno de los rincones en silencio. El alebrije salió y regresó en un momento con una especie de hoja inmensa, te envolvió en ella. Sentiste que te adormecías y el cálido envoltorio te cobijó hasta que tus pensamientos cesaron por completo.

Cuando abriste los ojos la claridad del día se mostraba ante tu mirada, por un momento creíste que todo había sido un sueño o una pesadilla, aunque el lugar no te era familiar. Te levantaste, en una de las mesitas estaba Agustinita, sonreíste, te acercaste y la tomaste entre tus brazos. Escuchaste un ruido, como si cortaran leña, dejaste la muñeca en la mesa y saliste. Afuera bajo la luz del día todo te pareció normal, a unos metros de la choza se encontraba don Julián con un hacha. Despedazó varios troncos, caminaste tras de él lentamente, él dejó de hacer su oficio y se mantuvo alerta. Miró de un lado a otro como si estuviese buscando algo.

—¿Quién está aquí? —habló fuerte.

Por un momento guardaste silencio, estabas segura que no podía verte, pero al parecer te podía escuchar.

—Don Julián, soy Agustina —dijiste finalmente.

Los ojos del hombre se abrieron de la impresión cuando escuchó tu voz y te pareció que su corazón empezó a latir a toda prisa, un sudor evidente le recorrió la frente. Dio una vuelta sobre su lugar inspeccionando todo.

—¿Cómo puedo estar seguro que eres tú? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Cómo se llama tu muñeca?

—Agustinita y está adentro en la mesita cerca del fogón —dijiste.

—Pero chamaca, ¿por qué no te has ido?

—Tampoco lo sé, quiero ver a mis padres, pero sola no puedo salir de la isla.

—Te llevaré conmigo, luego te irás a donde perteneces —dijo.

Guardaste silencio, porque no sabías darle una respuesta. Esperaste a que termine su oficio, mientras te entretuviste con algunas flores que crecían alrededor de la isla. Una hora más tarde el hombre se

había cambiado de ropa y estaba listo para partir, se acercó a la orilla y subió a la trajinera.

–Vamos, sube –dijo

–Ya estoy aquí –contestaste a su lado.

–¡Cristo bendito!, niña no me hables de sopetón que me espantas.

–Disculpe don Julián.

–Ándale vamos.

Empezó a remar y la canoa a fluir por el agua deslizándose rápidamente. El paisaje una vez más te conmovió, los grandes árboles se mecían con el viento, el sol se hacía paso entre los arbustos, en las islas se veían a mujeres cerca de las orillas cortando flores, haciendo canaletas para el riego. La trajinera pasó por el embarcadero de Tlilac, también llamado la isla de La Llorona, a esa hora estaba el lugar desértico, una extraña neblina envolvía toda la vegetación de la orilla. Los lirios gigantes eran plantas que se movían al paso con sus flores blancas perfumadas. Miraste las aguas y te pareció ver en el fondo niños y niñas con palidez de muerte que gritaban, muchísimos de ellos, aquello empezó a marearte, porque no podías dejar de mirar hacia dentro del agua. En ese momento apareció el alebrije a tu lado zumbando como un abejorro.

–Deja de mirar hacia el agua –ordenó.

Su presencia te sacó de ese aletargamiento, se posó en uno de tus hombros. Finalmente llegaron al embarcadero de Cuemanco, allí don Julián amarró la trajinera en la orilla y descendió. Lo seguiste.

–No puedo hablar mucho contigo porque van a creer que estoy loco –dijo sin dejar de caminar.

Pasaron entre las vendedoras que tenían hermosas flores de todos los colores que parecían alfombras sobre el suelo. Tu familia

también se dedicaba al cultivo de flores, y tu madre y tú vendían en el mercado de las flores, a una cuadra de donde estaban. Caminaron entre la muchedumbre, dos cuadras y llegaron hasta tu casa. Afuera la gente estaba sentada en algunas bancas, reconociste a los vecinos y familiares. Te estremeciste. Una corriente fría invadió tu cuerpo, don Julián saludó y pasó, tras de él estabas tú, con el alebrije posado en tu hombro. Entraron hasta el patio, en uno de los salones estaba el ataúd, no quisiste mirarte allí envuelta en tu mortaja, las flores más hermosas lo rodeaban, con infinidad de velas que ardían en el suelo y repisas. Algunas mujeres rezaban en voz alta, otras cantaban más allá. Tu primera reacción al ver a tu madre y tu padre fue correr hacia ellos y hablarles una y otra vez, pero no se inmutaron porque no te escuchaban. Siguieron sumidos en esa tristeza que los mantenían ausentes. Don Julián se quitó el sombrero y miró con compasión a tu madre, en aquella habitación nadie podía escucharte ni notar tu presencia. Esa desesperación te invadió, hasta que saliste al patio y te sentaste en una silla. El alebrije trataba de tranquilizarte con sus palabras.

–Te escucharán cuando sueñen –dijo.

–¿Y por qué don Julián puede escucharme?

–Él es distinto.

En ese momento oíste el sonido de un arpa, vibró la melodía que venía de uno de los cuartos, sonreíste. Caminaste hasta la puerta, era tu hermano de ocho años que estaba sentado en el suelo frente al instrumento y sus manitas lo rasgaban. Verlo allí te estremeció, era tu cuarto. Te acercaste y te sentaste atrás de él. Tus manos se acercaron al instrumento y lo rasgaron al mismo tiempo que lo hacía él. El sonido mágico resonó por toda la casa, la gente empezó a escucharlo como si fuese una melodía celestial, todos los murmullos se callaron. Tu padre prestó atención al sonido y junto con tu madre salieron corriendo directo hacia tu cuarto. Vieron la escena desde el umbral de la puerta, las lágrimas los invadió, porque

sintieron tu presencia. Siguieron allí absortos largo rato mientras duró la melodía, sentiste que te estaban viendo, que sabían que estabas allí. Se abrazaron, en esos últimos días no se habían dado cuenta que tu hermano había aprendido a tocar el arpa, finalmente lograste enseñarle, pero hasta tú te sorprendiste al escucharlo, siempre habías pensado que no le interesaba. Ellos regresaron con la gente. Después de un momento te incorporaste y saliste lentamente de la habitación, dándole una última ojeada.

–¿Entonces te irás para siempre? –preguntó tu hermano. Volteaste a mirarlo.

–¿Me escuchas Emiliano?

–Sí.

–¡Qué alegría hermanito! –trataste de abrazarlo, sin embargo, tus brazos palparon el aire.

–No puedes tocarlo –advirtió el alebrije.

–¿Te quedarás?

–No puedo quedarme, tengo que ir a otro lugar ahora.

–¿Ya no eres más esa que está en la caja verdad?

–Ya no Emiliano, no soy esa. –El alebrije se acercó a tu oído a decirte algo.

–Pero regresaré una vez al año –dijiste.

–¿Para el día de los muertos?

–Sí, ahora tienes que consolar a los papás, debes decirles que estoy bien, que a mi lado está un alebrije que me cuida.

–¿Y cómo es? ...es gigante seguro, ¿qué animal es?

–Bueno, gigante no es precisamente, es una lagartija con alas azules y una cola de pavo real muy colorida... ah y dice que sí puede crecer mucho. –Lo viste sonreír un momento.

–Te voy a extrañar mucho.

–Yo también, pero volveremos a vernos te lo prometo –aseguraste– sé que confías en mí.

–Está bien, este año te haré el mejor de los altares con todas las flores que te gustan y tus comidas favoritas.

–Gracias hermanito y no olvides colocar mi retrato.

Te despediste y saliste de la habitación. Un silencio nuevo se albergó en tu alma, miraste todo aquello tratando de mantenerlo en tu memoria para siempre. Don Julián se despidió y lo seguiste. Cuando salieron de la casa se aseguró que estuvieses a su lado. Le dijiste que ibas con él. Don Julián subió a la trajinera y continuaron el camino de regreso por los canales, ahora ni siquiera te percaste en el verde opalescente de aguas mansas junto a los enormes árboles de sauce, alcanfores y eucaliptos que se mecían con el viento, ni en las begonias, azucenas, lirios, alcatraces y crisantemos que adornaban todas las orillas de las chinampas.

Agustina es una niña de once años que ha muerto ahogada en los canales de Xochimilco, México, cerca de la Isla de las Muñecas. Ella descubrirá que sigue existiendo en un nuevo mundo de colores y que su guía será Cipactli, un alebrije pequeño y colorido que le ayudará a cruzar el gran lago, para llegar a su última morada. En el tenebroso recorrido tendrá que vencer el camino de los muertos, con sus nueve regiones llenas de pruebas difíciles, protegida por una capa de hermosas plumas que Cipactli le colocó en el cuello.

Tendrá que cruzar un inmenso río negro, pasar por un lugar donde todo el tiempo caen flechas del cielo, avanzar cautelosamente por donde las bestias devoran corazones y caminar entre las montañas filosas de obsidiana. En ese transcurso tendrá encuentros inesperados que le ayudarán a descubrir por qué ha muerto.



ISBN: 978-9917-600-81-7



9 789917 600817